



LECTIO DIVINA COMUNITARIA

ORAR EN LA ESPERANZA Y CON LA ESPERANZA

Romanos 5, 1-14

1. LECTURA DEL TEXTO

“Según lo dicho, rehabilitados ahora por la fe, estarnos en paz con Dios por obra de nuestro Señor Jesús Mesías, pues por él tuvimos entrada a esta situación de gracia en que nos encontramos y estamos orgullosos con la esperanza de alcanzar el esplendor de Dios. Más aún, estamos orgullosos también de las dificultades, sabiendo que la dificultad produce firmeza, la firmeza calidad, la calidad esperanza; y esa esperanza no defrauda, porque el amor que Dios nos tiene inunda nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha dado.

Es que cuando aún nosotros estábamos sin fuerzas, entonces, en su momento, Jesús el Mesías murió por los culpables. Ciertamente, con dificultad se dejaría uno matar por una causa justa; con todo, por una buena persona quizá afrontaría uno la muerte. Pero el Mesías murió por nosotros cuando éramos aún pecadores: así demuestra Dios el amor que nos tiene.

Pues ahora que Dios nos ha rehabilitado por la sangre del Mesías, con mayor razón nos salvará por él del castigo; porque si, cuando éramos enemigos, la muerte de su Hijo nos reconcilió con Dios, mucho más, una vez reconciliados, nos salvará su vida. Más aún, gracias a Jesús Mesías, Señor nuestro, que nos ha obtenido la reconciliación, estamos también orgullosos de Dios.

En consecuencia, igual que por un hombre entró el pecado en el mundo y por el pecado la muerte, y la muerte se propagó sin más a todos los hombres, dado que todos pecaban... Porque antes de la Ley había ya pecado en el mundo; y, aunque donde no hay Ley no se imputa el pecado, a pesar de eso la muerte reinó desde Adán hasta Moisés, incluso entre los que no habían pecado cometiendo un delito como el de Adán.”

2. ¿QUÉ DICE EL TEXTO? COMPRENDER. SILENCIO (2-3 MINUTOS)

3. TEXTO DE SAN AGUSTÍN (SERMÓN 313 F, 1-3)

“Comenzaré respondiendo a mi hermano y colega. De mañana. dije que la caridad tenía que ser activa, no perezosa. Mas como así lo quiso, obedezcámosle a él, y a Dios a través de él y a vosotros; que Dios os conceda a vosotros obedecer. Hemos cantado: *He esperado en la misericordia de Dios*. Digamos algo acerca de nuestra esperanza. Las palabras de mi sermón se acomodarán a las exigencias del tiempo; en cambio, la esperanza de la que trata el sermón debe perdurar y no acabar cuando acabe mi sermón. Yo he de hablar y callarme;



ella clama siempre a Dios. Pero hasta la misma esperanza –quizá sea duro lo que voy a decir, pero no molestará si me muestran por qué lo digo; yo así lo creo, hasta la misma esperanza no

será eterna. Cuando llegue la realidad, no habrá ya esperanza; en efecto, se habla de esperanza mientras no se posee la realidad, según las palabras del apóstol: *Mas la esperanza que se ve no es esperanza; en efecto, lo que uno ve, ¿cómo lo espera? Si, pues, esperamos lo que no vemos, por la paciencia lo esperamos. Por tanto, si la esperanza que se ve no es esperanza, puesto que lo que uno ve, ¿cómo lo espera?*, y se llama esperanza precisamente porque esperamos lo que no vemos, cuando llegue el momento de la visión no habrá ya esperanza, porque estará presente la realidad. Entonces no será una maldición vivir sin esperanza; en cambio, ahora el vivir sin ella es una maldición y un oprobio. Y ¡ay de aquel que ahora carece de esperanza! Vivir sin ella es para él un mal, puesto que aún no posee la realidad; la esperanza dejará de existir cuando se esté en posesión de la realidad.

Pero ¿cuál es esa realidad que se poseerá? ¿Qué vendrá después de la esperanza? Vemos, en efecto, a los hombres esperar ahora muchas cosas terrenas; limitándonos a los aspectos mundanos, ningún hombre vive sin esperanza, y hasta el momento de la muerte no hay nadie que no la tenga; los niños tienen la esperanza de crecer, de instruirse, de saber algo; los jóvenes, de casarse y tener hijos; los padres, de alimentar a los hijos, de instruirlos, de ver crecer a quienes acariciaban de niños, por referirme de manera particular al núcleo de la esperanza humana, que es como lo más natural, lo más excusable y lo más frecuente. Hay, en efecto, muchas esperanzas vulgares y del todo reprobables; pero aferrémonos a esta que es común a todos y natural. Cada cual nace para esto: para crecer, para casarse, para procrear hijos, para educarlos y también para que le llamen padre de hijos. ¿Qué más pretende? Pero aún no se ha acabado la esperanza: desea casar a sus hijos y aún sigue teniendo esperanza. Cuando haya conseguido esto, desea tener nietos; y, cuando haya alcanzado este deseo, entra en la tercera generación, y el anciano se muestra perezoso para dejar su lugar a los niños. Todavía va tras algo que desear y que esperar, y parece benévolo. ¡Ojalá –dice– aquel niño pueda llamarme abuelo! ¡Cuando lo oiga de su propia boca, puedo morir! El niño crece, le llama abuelo, y él aún no se reconoce tal. En efecto, si ya es abuelo, si es ya anciano, ¿por qué no se da cuenta de que debe abandonar este mundo para que le sucedan quienes han nacido de él? Pero, cuando escucha ese nombre honorable en la boca del niño, quiere instruirlo él mismo. ¿Le falta, acaso esperar también un bisnieto? Así muere, aún con esperanza; espera esto y lo otro una vez que ha recibido lo que antes esperaba. Cuando recibe lo que esperaba, no se sacia, y suspira por otras cosas. ¿Para qué había llegado lo que esperabas? Con toda certeza, para que pongas un término a tu camino. Ese límite no se extiende. ¡A cuántos engaña esta esperanza, esperanza trillada! Ante todo, no sacia cuando llega; pero ¡a cuántos no llega! ¡Cuántos estuvieron esperando una mujer, y no pudieron casarse! ¡Cuántos esperaban una con quien les fuese bien, y se casaron con otra que les fue causa de tormento! ¡Cuántos esperaron tener hijos, y no lo consiguieron! ¡Cuántos gimieron a causa de los hijos recibidos, pues fueron malos! Y así todo. Uno esperó riquezas; si no las consiguió, le atormentó la ambición; si las consiguió, le torturó el temor. Pero no hay nadie que deje de esperar; nadie se sacia. Aunque son tantos los defraudados, no se dan de baja en la esperanza mundana.



Que, al menos una vez, nuestra esperanza no sea engañosa, sino que nos sacie, y con algo tan bueno que no pueda serlo más. ¿Qué es, entonces, esa cosa tan esperada que, llegada ella, cesa la esperanza, porque le sucederá su realidad? ¿Qué es? ¿La tierra? No. ¿Algo que se origina en la tierra, como el oro, la plata, el árbol, la mies, el agua? Ninguna de estas cosas. ¿Algo que vuela en el aire? Lo rehúsa el alma. ¿Acaso el cielo, tan hermoso y tan adornado con sus luminarias? ¿Qué hay más deleitoso y más hermoso entre las cosas visibles? Tampoco él es. ¿Qué es entonces? Todas estas cosas causan deleite, son hermosas, son buenas; busca a quien las hizo: él es tu esperanza. Él es ahora tu esperanza y él será luego tu posesión. La esperanza es propia de quien cree; la posesión, de quien ve. Dile: *Tú eres mi esperanza*. De hecho, con razón dices ahora: *Tú eres mi esperanza*: crees en él, aún no lo ves; se te promete, pero aún no lo posees. Mientras estás en el cuerpo, peregrinas lejos del Señor; estás de camino, aún no en la patria. El mismo que gobierna y creó la patria, se ha hecho camino para llevarte a él; dile, pues, ahora: *Tú eres mi esperanza*. ¿Y luego qué? *Mi lote en la tierra de los vivos*. La que ahora es tu esperanza, luego será tu lote. Sea tu esperanza en la tierra de quienes mueren y será tu lote en la tierra de los que viven”.

4. MEDITACIÓN ACTUALIZANDO LOS TEXTOS

¿Qué le diría al Señor como resonancia de lo que he oído? ¿Qué me ha llamado la atención?
¿Con qué me quedaría? ¿Qué puedo poner en práctica? ¿Cómo lo voy a hacer?

5. PARA TERMINAR

Decía Charles Péguy que el mismo Dios se sorprende de la esperanza de los hombres: “La virtud que más me gusta, dice Dios, es la esperanza. La fe no me sorprende. No me resulta sorprendente. Resplandezco tanto en mi creación... y sobre todo en los niños, que, en verdad, para no verme sería necesario que los hombres estuvieran ciegos. La caridad, dice Dios, no me sorprende. No me resulta sorprendente. Esas pobres criaturas son tan desdichadas que, a menos de tener un corazón de piedra, ¿cómo no iban a tener caridad unas con otras? Pero la esperanza, dice Dios, sí que me sorprende. Me sorprende hasta a mí mismo. Que esos pobres hijos vean cómo marchan hoy las cosas y crean que mañana irá todo mejor, eso sí que es sorprendente y es, con mucho, la mayor maravilla de nuestra gracia. Esa pequeña esperanza que parece una cosita de nada, esa pequeña niña esperanza, inmortal...”

¿Queréis comentar algo más?